

## LA PRESENCIA DE TÁCITO EN LOS GRANDES ANALES DE QUINCE DÍAS, DE FRANCISCO DE QUEVEDO. UNA VISIÓN TACÍTEA DE ESPAÑA<sup>1</sup>

Joaquín VILLALBA ÁLVAREZ  
*Universidad de Extremadura*

“Sólo Tácito desengaña a los hombres enteros, pues no dando ellos con la causa por qué son aborrecidos de los príncipes, les dice que reparen que es un hado siniestro de ellos, porque los aduladores les son de gusto y los enteros de ofensa”  
F. de Quevedo, *Migajas sentenciosas*.

### Resumen

La presencia de Tácito en Quevedo está fuera de toda duda. Al margen de algunas referencias directas al historiador latino a lo largo de la obra quevediana, tal presencia se observa fundamentalmente en la concepción de la historia por parte del autor hispano: una historia profundamente marcada por el predominio de la teoría política en la línea de Maquiavelo. A ello hay que sumar la proliferación, en los siglos XVI y XVII, de corrientes como el Tacitismo o el Neostoicismo, que confieren a Tácito un importante papel dentro de la doctrina política, filosófica y literaria de ese tiempo.

En el presente artículo se analiza la repercusión que, no sólo las ideas políticas de Tácito, sino también su dimensión estrictamente literaria, representan en la obra historiográfica de Quevedo, y más concretamente en el opúsculo titulado *Grandes anales de quince días*.

*Palabras clave:* Quevedo, Tácito, Historia política, Tradición clásica, Humanismo, Tacitismo, Neostoicismo.

### Abstract

The presence of Tacitus in Francisco de Quevedo is beyond all doubt. Besides some mentions for Latin historian throughout Quevedian work, such presence basically appears in Quevedo's conception of History: in his point of view, History is deeply influenced by the predominance of political thought in the Machiavellian style. Moreover, we must emphasize the proliferation, in 16<sup>th</sup> and 17<sup>th</sup> centuries, of tendencies such as Tacitism or Neostoicism, which give Tacitus a leading role in political, philosophical and literary theory.

<sup>1</sup> Este artículo se enmarca dentro del Proyecto de Investigación “El discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento: tipología y función de las arengas, y estudio de su relación con otros géneros literarios” (BFF2003-05107). Agradecemos de corazón las correcciones efectuadas por mi maestro, el Dr. Santiago López Moreda, quien, incluso a fuerza de perder horas de sueño, ayudó a limar y enmendar este trabajo.

This article analyses the repercussions which Tacitus' political ideas (and his strictly literary dimensions as well), have on historical work by Quevedo, in particular on his short work entitled *Grandes anales de quince días*.

*Keywords:* Quevedo, Tacitus, Political History, Classical Tradition, Humanism, Tacitism, Neostoicism.

## A MODO DE INTRODUCCIÓN

Tras un flagrante y penoso ostracismo en el período medieval<sup>2</sup>, el resurgimiento de la figura del historiador romano Cornelio Tácito en la literatura y en el pensamiento político de la Europa del XVI y XVII resulta un hecho tan evidente e indudable, como evidente resulta también la presencia del autor latino en la España del siglo de Oro. Y en este sentido, Francisco de Quevedo, como uno de los máximos representantes de las letras hispánicas de ese siglo, no podía permanecer ajeno a la recuperación de Tácito y su obra.

Dejando a un lado la mención explícita a Tácito a lo largo de la obra quevediana tanto en prosa como en verso<sup>3</sup>, así como la relación epistolar que el madrileño mantuvo con el humanista belga Justo Lipsio, uno de los “arquitectos del Tacitismo europeo”<sup>4</sup>, son varios los estudiosos<sup>5</sup> que, en mayor o menor medida, han llamado la atención sobre la influencia que Tácito ejerce sobre Quevedo, no sólo desde el ámbito ideológico, sino también literario, y teniendo siempre como común telón de fondo el paralelismo en el momento político e histórico que a ambos tocó vivir. En este sentido, la coincidencia entre los dos autores no debe resultarnos extraña, y ello puede constatarse, principalmente, a través de tres puntos de conexión:

- En primer lugar, ambos participan activamente en la vida política. Tácito desempeñó diversos cargos públicos antes de retirarse a componer sus obras literarias: aunque no tenemos noticia cierta de todos y cada uno de los cargos que ocupó, parece claro que fue *consul suffectus* en la segunda mitad del año 97, ya en tiempos de Nerva, y que antes había sido senador, durante los peores años de la tiranía de Domiciano; y además, sólo se dedicó a su actividad literaria después de abandonar tales ocupaciones, tal y como hacen otros historiadores clásicos.

<sup>2</sup> Cfr. V. RONCERO LÓPEZ, *Grandes anales de quince días de Quevedo. Edición y estudio*, Tesis doctoral U.C.M., Madrid, 1988, p. 75 (en adelante, V. Roncero (1988). Roncero, a su vez, cita como fuente de la escasa repercusión de Tácito en el medievo la obra de K. C. SCHELLHASE, *Tacitus in Renaissance political Thought*, Chicago, 1976, pp. 3-16.

<sup>3</sup> Más de una treintena de veces nombra Quevedo a Tácito en su obra en prosa, casi siempre citándolo como fuente histórica que sirve para ejemplificar lo que nos cuenta. Resulta curiosa, además, la mención del historiador latino en algún que otro epigrama quevedesco, en el que el *nomen* “Cornelio” aparece ingeniosamente asociado a un marido ultrajado.

<sup>4</sup> Así llama B. ANTÓN (*El tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de “receptio”*, Valladolid, 1991, p. 46) a Lipsio y a su maestro, el francés Mureto. A Lipsio se le conoció en su tiempo como *sospitator Taciti*, “el Salvador de Tácito”, y su influencia en la literatura de Quevedo ha sido ampliamente examinada en varias ocasiones. Cfr., por ejemplo, Lía SCHWARTZ: “Justo Lipsio en Quevedo: Neostoicismo, política y sátira”, en *Encuentros en Flandes. Relaciones e intercambios hispanoflámencos a inicios de la edad moderna* [W. THOMAS, R. A. VERDONK (eds.)], Lovaina, 2001. La correspondencia entre Lipsio y Quevedo se halla editada y traducida, por ejemplo, en V. RONCERO LÓPEZ, *El Humanismo de Quevedo. Filología e Historia*, Pamplona, EUNSA, 2000, pp. 155-167 [en adelante, V. RONCERO (2000)].

<sup>5</sup> Entre ellos, cabe destacar a A. HUARTE, “Observaciones a los *Grandes Anales de quince días*. Notas sobre un libro”, *Revista de Bibliografía Nacional* VI (1945), pp. 179-194; E. TIerno GALVÁN, “El tacitismo en las doctrinas políticas del Siglo de Oro español”, *Anales de la Universidad de Murcia* (1947-1948), pp. 895-988; F. SANMARTÍ BONCOMPTE, *Tácito en España*, Barcelona, 1951; B. ANTÓN MARTÍNEZ, *op. cit.*; y, sobre todo, V. RONCERO LÓPEZ (1988).

Por su parte, Quevedo se codeó con los personajes políticos más importantes de la Corte española de su tiempo, fue hombre de confianza del duque de Osuna, lo acompañó mientras fue Virrey en Sicilia y posteriormente en Nápoles, y acabó sufriendo represalias cuando su protector cayó en desgracia.

- A ello debemos sumar que la vida cortesana en que Quevedo se halla inmerso y de la que es aventajado espectador comparte bastantes rasgos con la retratada por Tácito en su obra, fundamentalmente en *Anales*: diversiones, lujo, corrupción, influencia de personajes de dudoso origen, protectores y protegidos..., con la salvedad de que el autor latino narra unos hechos históricos acaecidos un siglo antes, en tanto que el español se erige en cronista de unos acontecimientos que acaban de suceder, a la manera, casi, de los periodistas de nuestros días, comentaristas de hechos inmediatos y recientes. Por su forma de escribir y de pensar, Tácito atrae a los escritores e intelectuales de toda Europa (y por supuesto de España) del xvii, y otro tanto cabe decir de Séneca, en su calidad de cronistas de unos tiempos en franca decadencia. En el caso concreto de nuestro país, todos comprobaban cómo la historia se repetía, cómo los hechos ocurridos en Roma en el primer siglo del Imperio aparecían calcados en la España de entonces: “una monarquía que evolucionaba hacia el absolutismo; crisis internas; corrupción de costumbres, fanatismo religioso; sensación de inseguridad, desconfianza, amenazas exteriores; la figura del *favorito*, que en castellano recibe el nombre de valido; un régimen coercitivo y represivo, el que, en opinión de L. Gil, instauró en nuestro país la Inquisición...<sup>6</sup>.
- Finalmente, y al hilo de lo anterior, los acontecimientos que desgranar tanto Tácito en los *Anales* como Quevedo en sus opúsculos históricos encierran en sí mismos una llamativa contradicción, por cuanto corresponden a períodos históricos de una parte florecientes (el Imperio romano en todo su esplendor, la España dominadora del mundo) pero al mismo tiempo decadentes, lo que nos impulsa a considerar seriamente la influencia tacíteas en Quevedo: la España del xvi constituye un período de prosperidad que da paso, paradójicamente, a un nuevo siglo en que no deja de atisbarse el comienzo del fin, la inevitable decadencia del Imperio, originada por el propio devenir de sus protagonistas. Es ésta una de las razones que se esgrimen para apuntar la presencia en la España de entonces de la corriente de pensamiento denominada Tacitismo, plenamente implantada ya antes en Europa y que llega con algo de retraso a nuestro país. Consiste dicha corriente en un redescubrimiento de las ideas políticas de Tácito, pero pasadas por el tamiz de otras doctrinas políticas y filosóficas, como pueden ser “Maquiavelo y el Maquiavelismo, Séneca y el Neoestoicismo, por no hablar del Cristianismo y del Erasmismo”<sup>7</sup>.

Pero a esta afinidad entre el romano y el español, fundamentada en las circunstancias históricas “externas” que ambos autores experimentan, habría que sumar otra relación íntima, desde el punto de vista ideológico y literario, que es la que nos proponemos desgranar en el presente trabajo, haciendo especial hincapié en una pequeña obra histórica de Quevedo cuyas reminiscencias tacíteas se observan ya desde el propio título: se trata de los *Grandes Anales*

<sup>6</sup> B. ANTÓN, *op. cit.*, p. 28. Cfr. también L. GIL, “El humanismo del siglo xvi”, *Estudios Clásicos* 51 (1967), p. 258. Sin embargo, el absolutismo quizá se manifiesta ya de manera patente desde Carlos V y Felipe II.

<sup>7</sup> B. ANTÓN, *op. cit.*, p. 10. La autora señala, un poco más arriba, que “en el siglo xvii Tácito será el Tacitismo, sin embargo el Tacitismo no es sólo y exclusivamente Tácito”. En cierto sentido, como apunta J. L. MORALEJO en su introducción a su traducción de *Anales*, el Tacitismo “en cierta manera sirvió como máscara para las doctrinas maquiavelistas en las regiones de Europa donde la censura eclesiástica había condenado las doctrinas del agudo florentino”, *Tácito. Anales*, (intr., trad. y notas de J. L. MORALEJO), Madrid, Gredos, 1984, p. 32.

de quince días, compuestos entre 1621 y 1623, a la muerte de Felipe III. Bien es cierto que en varias ocasiones se ha considerado a Quevedo como un ortodoxo en materia de religión que no vería con buenos ojos la proliferación de las ideas tacitistas en España<sup>8</sup>, pero no lo es menos, como es nuestra pretensión, que los *Grandes anales de quince días* rezuman por doquier las ideas y la misma expresión del Tácito de *Anales*.

En efecto, de la lectura del opúsculo de Quevedo lo primero que nos llama la atención es la asombrosa proximidad –no sólo ideológica sino sobre todo formal– a la obra del historiador latino, en particular a los *Anales*. Con un estilo similar al de Tácito, Quevedo nos introduce en el enrarecido ambiente que se respira en la Corte española de los Austrias, el mismo enrarecido ambiente que nos encontramos a cada paso en los *Anales*: las intrigas por el poder, se trate del Imperio romano o de la Corte española, las represalias contra los partidarios del régimen saliente, las habladurías del vulgo y su trascendencia en los gobernantes... Todo ello nos lleva a considerar la poderosa influencia que tanto la doctrina política e histórica como la literatura de Tácito ejercen sobre el opúsculo del autor madrileño, y no sólo en el título, aunque éste sea lo bastante explícito como para no atisbar la conexión entre ambos.

En las páginas que siguen, pues, trataremos de fijar la presencia de Tácito, autor al que conocemos<sup>9</sup>, en los *Grandes anales de quince días* de Quevedo, una obra que ya ha sido excelentemente analizada y editada por V. Roncero López<sup>10</sup>, pero que, a nuestro juicio, merece un tratamiento más profundo en lo que se refiere a las fuentes clásicas de las que bebe el autor madrileño, un tratamiento no sólo desde el punto de vista del contenido, de la visión política de la historia en ambos autores, sino también, y sobre todo, desde el punto de vista estilístico y formal.

## 1. EL TÍTULO

Uno de los puntos que más poderosamente ha llamado la atención de quienes han trabajado sobre el opúsculo quevediano es sin duda el título del mismo. Roncero<sup>11</sup> hace derivar la expresión *Grandes anales* de los *annales maximi* que los pontífices romanos de los tiempos de la república componían a modo de crónica anual que contenía los nombres de los magistrados de aquel año y los eventos más importantes<sup>12</sup>. No obstante, resulta más razonable pensar que Quevedo tendría en mente no ese índice sucinto que los pontífices elaboraban, sino los relatos historiográficos que de forma lineal compusieron algunos autores latinos, partiendo seguramente de los *annales maximi*, pero con una finalidad literaria mucho más patente, y sin la concisión de aquellos escuetos registros anuales de los *pontifices maximi*. El primer autor latino que

<sup>8</sup> Así, F. SANMARTÍ BONCOMPTE, *op. cit.*, pp. 131 ss; E. TIerno GALVÁN, *art. cit.*; o J. L. MORALEJO, *op. cit.*, p. 33, entre otros.

<sup>9</sup> En trabajos anteriores ya hemos tratado la visión de la historia en Tácito, así como su doctrina política, desde varios ámbitos, aunque principalmente desde el punto de vista léxico: *cfr.* “*Princeps, senatus, equites, populus* en Tácito. Estudio Léxico”, Memoria de Licenciatura inédita, Cáceres, 1995; o también “Estudio léxico del pueblo en Tácito: *vulgus, plebs, populus*”, *Anuario de Estudios Filológicos* XVIII (1995), pp. 533-549.

<sup>10</sup> En varias obras, entre las que destacan V. RONCERO (1988) y (2000), citadas más arriba.

<sup>11</sup> V. RONCERO (1988), pp. 101-102.

<sup>12</sup> El *pontifex maximus* de turno realizaba cada año una relación concisa de los sucesos más importantes, los nombres de los magistrados que habían ocupado los cargos públicos, etc., y la publicaba en las puertas de su residencia, la *Regia*, escrita en una tablilla blanca de cera, llamada *album*. Sin embargo, esta costumbre llegó a convertirse, con el paso del tiempo, en un anacronismo, en una tradición un tanto desfasada.

compuso unos anales fue Quinto Ennio, al que siguieron Valerio Antias, Gneo Gelio, Claudio Quadrigario y, sobre todo, Cornelio Tácito<sup>13</sup>.

Estamos de acuerdo con Roncero, cuando señala que “Quevedo aprovecha el término latino *Annales maximi* para crear un título sugerente para el posible lector al que iba destinada la obra”<sup>14</sup>. No obstante, hemos de decir que la verdadera naturaleza del opúsculo se aleja de las características que definían a dichos *annales maximi*, y está más en consonancia con los anales compuestos por los historiadores latinos, uno de cuyos exponentes, seguramente el mejor, es Tácito. En otras palabras, la expresión “Grandes anales” no recuerda a los *Annales maximi*, un mero recuento de hechos sin ninguna pretensión literaria o artística<sup>15</sup>, sino a los *annales* como obra historiográfica. La inclusión de *Grandes* tiene que ver más con el ingenio y la agudeza de Quevedo, ya que acto seguido se añade “de quince días”, a modo de llamativo oxímoron.

Tampoco vemos la “vena satírica” que Amalio Huarte considera como causa última del título. Se trataría, sin más, de un ingenioso juego de palabras que prueba la imaginación y perspicacia del autor español, como viene a corroborar el subtítulo que a continuación sigue: *Historia de muchos siglos que pasaron en un mes*. Con este ingenioso contraste, Quevedo pretende, a nuestro juicio, remarcar el profundo cambio que trajo consigo el advenimiento del nuevo rey, y al mismo tiempo exteriorizar su optimismo ante una nueva y esperanzadora situación que surge para España.

Otro elemento que entronca los *Grandes anales de quince días* con los *Anales* de Tácito y que tiene su importancia como punto de arranque de la obra quevediana, es el hecho de comenzar el relato a partir de la muerte de un monarca. A diferencia de la obra tacíteica, cuyo título completo debió de ser *Ab excessu divi Augusti*<sup>16</sup>, Quevedo no recoge en el título ninguna referencia a la muerte de Felipe III, si bien desde la advertencia preliminar se muestra lo bastante elocuente como para obviar su cercanía al romano:

“AL QUE LEYERE. Yo escribo en el fin de una vida y en el principio de otra: de un monarca que acabó de ser rey antes de empezar a reinar, y de otro que empezó a reinar antes de ser rey...” (*Grandes anales*, p. 250)<sup>17</sup>.

Y más adelante:

“A 31 de marzo de este año de 1621, a las nueve de la mañana, la majestad del rey don Felipe III pasó a mejor vida, que en los justos y santos tiene más cortesés y más consolados nombres la muerte” (*Grandes anales*, p. 251).

<sup>13</sup> No obstante, ni Tácito ni Tito Livio llamaron *annales* a sus obras, pese a que organizan su material por años.

<sup>14</sup> V. RONCERO (1988), p. 102.

<sup>15</sup> El propio Tácito establece una distinción entre los hechos que son dignos de figurar en un relato analístico como el suyo, y aquellos otros que no deben salir de los *acta diurna*, el diario oficial romano, semejantes a los *annales maximi*: “En el consulado de Nerón, por segunda vez, y de Lucio Pisón, hubo pocos sucesos dignos de recordar, a no ser que a uno le apetezca llenar volúmenes alabando los cimientos y las vigas con que el César mandó levantar en el Campo de Marte su anfiteatro, pues es tradición inherente a la dignidad del pueblo romano el reservar para los anales los hechos célebres, y dejar detalles de ese tipo para los *acta diurna* de la Ciudad” (Tácito, *Anales*, 13.31).

<sup>16</sup> El nombre de *Annales* se le dio con posterioridad, entre otras cosas porque el propio Tácito a veces denomina de ese modo a su obra. El título original, *Ab excessu divi Augusti*, seguramente recuerda al de la obra de Livio, *Ab urbe condita*.

<sup>17</sup> Citamos por la edición a cargo de V. RONCERO LÓPEZ (1988).

## 2. LA HISTORIA COMO *MAGISTRA VITAE*

La historiografía humanista se caracteriza, entre otras cosas, por redescubrir a algunos autores clásicos que permanecieron prácticamente olvidados durante los oscuros tiempos de la Edad Media<sup>18</sup>, y aplicarlos como fuente literaria e ideológica para los acontecimientos históricos que se suceden en los siglos XVI y XVII. En este sentido, las enseñanzas que historiadores clásicos como Tucídides, Salustio o Tácito desgranar en sus respectivas obras sirven a los historiadores del XVI y el XVII para ofrecer una visión diferente del devenir histórico. Como en casi todos los ámbitos, esta resurrección de los clásicos tiene lugar, primeramente, en Italia. Para el caso concreto de Tácito, autores como los italianos Bruni o Guicciardini o también el belga Lipsio<sup>19</sup> dan a conocer a toda Europa no sólo el texto tacíteo, sino también su concepción política y filosófica de la historia.

Precisamente esta concepción de la obra historiográfica de Tácito viene a entroncar con uno de los principios que define el género ya desde la Antigüedad clásica, como es la visión didáctica y moralizante de la historia: los hechos que ocurrieron en el pasado tienen que servirnos de ejemplo para no volver a caer en los mismos errores. Fue Cicerón el que más claramente ilustró dicho principio, por medio de la tan traída máxima *historia magistra vitae*<sup>20</sup>. Desde esta perspectiva, la obra de Tácito se erige en útil y práctico manual para los gobernantes del futuro, y sólo desde esta idea se puede entender la génesis del opúsculo quevediano.

En efecto, Quevedo pone en práctica en sus *Grandes anales* un tipo de historia política cuyos antecedentes clásicos más incuestionables son Tucídides entre los griegos y Salustio y Tácito entre los romanos<sup>21</sup>. Su propósito es narrar unos hechos históricos cuya función social y política es evidente, por lo que echa mano de las fuentes clásicas más reputadas sobre la cuestión, y así, en lugar de optar por el relato detallado y nacionalista de Livio, o los comentarios militares –a menudo excesivamente técnicos– de Julio César, el autor madrileño se decanta finalmente por la historia moralizante de Tácito y, en menor medida, por el maestro de éste, Salustio<sup>22</sup>. De este modo, podemos vislumbrar las enseñanzas políticas ya desde el

<sup>18</sup> La “oscuridad” medieval no deja de ser un tópico que se repite en casi todos los trabajos que se han publicado, se publican y se publicarán sobre las más variadas cuestiones relacionadas con la vida intelectual de la Edad Media (historiografía, filosofía, gramática...). Sin embargo, en este caso concreto, es un hecho probado que Tácito pasó casi desapercibido durante varios siglos, entre otras cosas porque se le consideraba un escritor pagano que, por ejemplo en *Anales* (11.15; 13.32; 15.44), se muestra contrario a la proliferación en Roma de cultos orientales entre los que no duda en incluir al Cristianismo. El propio Quevedo, en *Lince de Italia o Zahorí español*, tilda a Tácito de impío cuando el historiador latino critica el excesivo escrúpulo religioso del emperador Galba (*Historias* 1.29).

<sup>19</sup> Para el caso concreto de España, la influencia de Lipsio en la difusión del texto tacíteo es fundamental. Cfr. B. ANTÓN, *op. cit.*, pp. 125 ss.

<sup>20</sup> Esto dice el Arpinate en su *De oratore*, 2.36: *Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis*.

<sup>21</sup> Cfr. las palabras de Tácito sobre el tipo de historia que él mismo practica: “No ignoro que muchos de los sucesos que he referido y referiré pueden parecer triviales e indignos de ser recordados; pero nada tienen que ver nuestros anales con la obra de quienes narraron la primitiva historia del pueblo romano: ellos contaron guerras formidables, ciudades conquistadas, reyes vencidos y prisioneros, o bien, en caso de que trataran mayormente asuntos internos de Roma, las discordias entre cónsules y tribunos, las leyes agrarias y el trigo, las disputas entre plebeyos y patricios, y ello de forma totalmente libre. Pero mi cometido es ajustado y carente de gloria, porque la paz se mantuvo sin alteraciones o conoció leves perturbaciones, la vida en Roma no era entretenida y el príncipe no tenía interés en extender el imperio. No obstante, creo que sería interesante analizar unos sucesos a primera vista insignificantes, pero de los que a menudo surgen cambios políticos importantes” (Tácito, *Anales* 4.32). Cfr. también V. RONCERO (2000), p. 122.

<sup>22</sup> Ya hemos hablado de la recuperación de Tácito en estos tiempos, pero también se observan en la obra de Quevedo algunos ecos de las monografías de Salustio, fundamentalmente en el retrato psicológico de los personajes (como veremos más adelante), en la visión cíclica de la historia, en el relato de unos episodios históricos puntuales (a la manera de la conjuración de Catilina o la guerra de Yugurta), en la práctica ausencia de referencias temporales

subtítulo de la obra: “Memorias que guarda a los que vendrán Don Francisco de Quevedo y Villegas, Caballero de la Orden de Santiago” (*Grandes anales*, p. 250). Y en esta línea prosigue Quevedo un poco más abajo, en la dedicatoria que abre la obra:

“A LOS SEÑORES PRÍNCIPES Y REYES QUE SUCEDERÁN A LOS QUE HOY SON EN LOS AFANES DE ESTE MUNDO. (...) Obstentación hago de robusta caridad con vanagloria, que se puede permitir a la piedad de mi celo, en guardar en la clausura de esta relación con vida el escarmiento, y con voz el ejemplo y la verdad” (*Grandes anales*, p. 250).

Estas palabras parecen deudoras de aquellas otras que Tácito, a modo de declaración de principios, expone en sus *Anales*, al hablar de diversos debates en el Senado. En ellas, se observa la verdadera naturaleza de una obra histórica, el ensalzamiento de las virtudes y la censura de los vicios:

“Es mi intención no recoger más que las propuestas insignes por su dignidad o destacables por su baja. Ésta considero que es la pretensión primera de un escritor de anales, de forma que no se silencien los modelos de virtud, y para que el miedo a la infamia en la posteridad acalle los hechos y dichos perversos” (Tácito, *Anales* 3.65).

En estas primeras líneas de los *Grandes anales*, las referencias a la utilidad que los gobernantes del futuro pueden sacar de su opúsculo se suceden a cada paso. Así, Quevedo espera que “mi pluma, por creída, pueda ser provechosa” (*Grandes anales*, p. 250); o afirma que “ni pondero ni disimulo las acciones, y porque pretendo informar los oídos, no regalarlos ni ofenderlos...” (*Grandes anales*, p. 251).

En otras ocasiones, la obrita de Quevedo sirve simplemente como “manual del perfecto príncipe”, a la manera del texto de Maquiavelo, ya que se pretende teorizar, por ejemplo, sobre la verdadera función de los validos, sin duda con vistas a que el nuevo rey, Felipe IV, no siga el mismo camino detestable y erróneo de su padre, que se dejó guiar por personajes como el Duque de Lerma o Rodrigo Calderón. En su opinión, buenos validos son aquellos que

“sirven a su majestad y no le violentan, ‘conociendo que en tan tiernos años ama el trabajo’, de suerte que quiere bien a quien le ayuda, no a quien le descansa y le descuida; que [un rey] no quiere privados que le ocasionen el ocio, sino que le acompañen en el trabajo, que le sigan y no le arrastren, que le acudan y no le compitan” (*Grandes anales*, p. 264)<sup>23</sup>.

A propósito de esta historia moralizante y didáctica se esboza una idea que el propio Tácito sugiere en su obra, y que resulta una concepción propiamente estoica visible también en Séneca: la consideración de la historia como devenir cíclico de unos acontecimientos que se repiten una y otra vez. El historiador latino ya hablaba de ello en su *Germania*, donde llega a identificar las costumbres rudimentarias y poco refinadas de los pueblos germánicos con aquellos otros hábitos sencillos y humildes que convirtieron a Roma en dominadora del mundo; o en otro episodio quizá más elocuente, el discurso que el caudillo britano Calgaco pronuncia ante su pueblo, para justificar la lucha contra los romanos invocando las virtudes propias frente a la ambición del invasor<sup>24</sup>. Pues bien, también Quevedo recoge esta idea, que

pese a tratarse de una narración analítica, etc... ideas todas presentes en mayor o menor medida en Tácito, pero también en Salustio antes de él.

<sup>23</sup> Más adelante, a propósito de la palabra “privado”, el propio Quevedo llega a decir que “ha quedado esta voz aciaga y achacosa y formidable” (*Grandes anales*, p. 279), y vuelve luego a incidir en la verdadera naturaleza de un privado, que no es otra que servir al rey, retornando “el estilo del gobierno al tiempo de Felipe II”.

<sup>24</sup> Cfr. Tácito, *Germania*, *passim* (especialmente caps. 14, 19...); *Agrícola* 30-32.

no es sino un lugar común en la historiografía de tono moralizante, cuyo corolario sería la expresión latina *nihil novum sub sole*, procedente del *Eclesiastés* (1.10):

“Siempre se hicieron en el mundo unas propias cosas. Nada es nuevo a lo pasado: sólo el modo de hacerlo salva o condena a los ministros; y si hacer mal de balde es menos mal para quien le padece, hacer bien de balde, por la propia razón, será más bien para todos” (*Grandes anales*, pp. 319-320).

Esta enseñanza de Quevedo forma parte de su ideario político, en unos tiempos bonancibles como los que augura la llegada al poder de Felipe IV y el Conde-Duque de Olivares. Sus palabras vienen a ser una advertencia al nuevo rey y a su hombre de confianza, para que no pretendan la gloria personal ni acentúen las represalias a los poderosos salientes, sino que simplemente actúen de buena fe, de una forma sincera y lícita, con un *modus operandi* diametralmente opuesto al de sus predecesores.

Al hilo de esto mismo, unas páginas más arriba Quevedo hacía hincapié en la necesaria separación de los asuntos religiosos y los políticos, sacando a colación el error que cometió Felipe III, al admitir “a su gobierno tantos religiosos como consejeros; y no sin alguna relajación de su observancia, hicieron togas de los hábitos” (*Grandes anales*, p. 273)<sup>25</sup>. Y no duda el autor hispano en reforzar su crítica al intrusismo político con una sentencia canónica como *semel Deo dicatum, non debet ad alios usus transferri* (“una vez consagrado a Dios, no debe entregarse a otros menesteres”). Quevedo culmina su argumentación asegurando que “no hay cosa más diferente que Estado y conciencia, ni más profana que la razón de Estado” (*Grandes anales*, p. 277).

### 3. LA HISTORIA COMO DOCUMENTO

Uno de los pilares en que se asienta la obra historiográfica de Quevedo es el de la historia como documento y crónica de hechos recién acaecidos. Es ésta una característica que el autor madrileño no comparte con Tácito, al menos en lo referente a los *opera maiora* (*Annales* e *Historiae*, que narran unos hechos más lejanos en el tiempo), pero que acercaría, en cambio, la obra quevediana a otros relatos, como el *Bellum Catilinarium* de Salustio<sup>26</sup>.

El carácter testimonial de un relato en el que el propio historiador es protagonista y partícipe redundante en la veracidad de la propia narración. Esta sensación de inmediatez convierte al autor en cronista –tal y como hoy lo concebimos–, y al mismo tiempo recuerda la labor desarrollada por intelectuales españoles y portugueses del Renacimiento, encargados de transmitir al mundo los grandes descubrimientos que sus respectivos imperios están llevando a cabo en África, Asia y América<sup>27</sup>.

<sup>25</sup> Esta idea recuerda la doctrina política que Tácito desgana en sus *Anales*, cuando los sucesivos emperadores de la Dinastía Julio-Claudia se rodean de personajes de dudoso origen o reputación (Sejano en el caso de Tiberio, Tigelino en el de Nerón), en lugar de recurrir a la clase senatorial, experta desde tiempo inmemorial en los asuntos de gobierno.

<sup>26</sup> Salustio, partidario incondicional de César, quiere con esta monografía salir al paso de las acusaciones que Cicerón, cónsul en el año 63, durante la revuelta de Catilina, lanza en cierto opúsculo a propósito de la posible participación de César en la conjura, con el fin de allanarse el camino que le llevara a hacerse él solo con el poder de Roma.

<sup>27</sup> En el caso de España, *cfr.* por ejemplo las crónicas de Indias; en el caso de Portugal, destaca la labor histórica de intelectuales “extranjerezados” como Damião de Góis o André de Resende y sus relatos sobre las conquistas portuguesas en la India o en Extremo Oriente.



Por lo demás, la presencia de Quevedo en los hechos que narra es claramente observable en varios pasajes correspondientes al principio del opúsculo, en que habla en primera persona y declara su propósito:

“Yo escribo lo que vi, y doy a leer mis ojos, no mis oídos. Con intención desinteresada y con ánimo libre me hallé presente a lo que escribo con más recato que ambición” (*Grandes anales*, p. 250).

La expresión “con intención desinteresada y con ánimo libre” recuerda ineludiblemente al *sine ira et studio* que Tácito incluye al principio también de *Anales*, con la intención de realzar la imparcialidad de su relato<sup>28</sup>. La influencia del romano en el madrileño es, pues, evidente y notoria ya desde las primeras líneas de los *Grandes anales*, si bien resulta curioso que Quevedo acentúe su condición de juez y parte en los hechos que va a narrar, y por otra pretenda ser objetivo parafraseando la expresión tacitea, cuando el autor romano relata unos sucesos acaecidos un siglo antes. De todas formas, la pretensión de imparcialidad no deja de ser un tópico presente en cualquier obra historiográfica desde la literatura grecolatina, y como tal hay que tomarlo. Ese afán de ser objetivo se entrevé en más ocasiones:

“No esfuerzo la pureza de mi verdad por mi reputación” (*Grandes anales*, p. 250);

“Ni pondero ni disimulo las acciones, y porque pretendo informar los oídos, no regalarlos ni ofenderlos, dejo a las malicias de mi silencio remitidas las conjeturas del estado que tuvo España cuando la muerte, con advertencia lastimosa, hizo fábrica de tan grandes ruinas. Preso en la Torre de Juan Abad, a 16 de mayo de 1621” (*Grandes anales*, p. 251).

La inclusión no sólo de la fecha en que Quevedo escribe la dedicatoria de su obra, sino también la alusión a su situación personal de preso, nos llevan a la consideración de otro asunto, y es el interés que realmente lleva a Quevedo a escribir acerca de la muerte de Felipe III (y la consecuente caída en desgracia de sus poderosos validos) y la ascensión al trono de su hijo Felipe IV. Roncero considera que la subida al trono del nuevo rey era una ocasión imponderable para Quevedo, que se hallaba desterrado y, con la elaboración de sus *Grandes anales* pretendería mejorar su situación personal; tal vez aspiraba a conseguir el título de cronista oficial<sup>29</sup>.

Otro dato sobre el que no se ha llamado la atención y que, a nuestro juicio, resulta de gran importancia en cuanto a la génesis de los *Grandes anales*, tiene que ver con la propia estructura de la obra: si eliminamos la última parte, que a modo de epílogo sirve para retratar a los personajes principales (reyes y validos) que protagonizan el momento histórico, en el centro mismo del opúsculo encontramos el retrato del Duque de Osuna, protector de Quevedo caído en desgracia: esta posición privilegiada del de Osuna en el centro mismo del relato, así como la narración en primera persona del escritor madrileño, en calidad de testigo y actor de los acontecimientos, presuponen una especie de justificación de Quevedo ante el nuevo rey, una llamada de atención para que remedie su penosa situación de exiliado. Y esta justificación se ve reforzada por dos factores: en primer lugar, por el tono encomiástico en que Quevedo se refiere al nuevo rey y a su consejero, el Conde-Duque de Olivares, por entonces del agrado

<sup>28</sup> “Los tiempos de Tiberio y Gayo, así como los de Claudio y Nerón, se escribieron falseados por el miedo cuando ellos estaban aún en el poder, y tras su muerte, adulterados por los odios todavía recientes. Por ello mi propósito es tratar brevemente y sólo los últimos momentos de Augusto, y luego el principado de Tiberio y todo lo demás, *sin ira ni parcialidad*, pues no tengo cercanas las causas de tales hechos” (Tácito, *Anales* 1.1).

<sup>29</sup> V. RONCERO (2000), p. 126. También los primeros intelectuales portugueses y españoles del Renacimiento pugnaron por hacerse con el jugoso título de cronista oficial: la rivalidad entre Nebrija y Lucio Marineo Sículo en España, o la de Cataldo Parisio Sículo con otros tantos escritores en Portugal dan buena muestra de ello.

del escritor; y en segundo lugar, *sensu contrario*, por la crítica de Quevedo a aquéllos que, con sus calumnias, tratan de desestabilizar al nuevo rey y su política<sup>30</sup>.

Este optimismo ante unos nuevos y prometedores tiempos para España ha sido considerado uno de los acicates que empujan a Quevedo a redactar sus *Grandes anales*. De Felipe IV llega a decir:

“Éste, tan formidable en los umbrales de la vida, que en pocas horas de rigor, justicia y prisiones ha desquitado muchos años de clemencia y benignidad no conveniente de su padre<sup>31</sup>, si bien cuando empezó a reinar siguió este propio camino, aunque más despacio” (*Grandes anales*, p. 251).

También en este punto Quevedo guarda relación con Tácito, y del mismo modo que el latino pretende la restauración de los ancestrales valores morales que un día hicieron grande a Roma (aunque tenga muy presente que el poder unipersonal era necesario e ineluctable en el seno de un imperio tan vasto), así también el español pasa revista a las medidas inmediatas que el nuevo rey ha tomado y que justifican el propio título del opúsculo. Quevedo se alegra de los derroteros que en muy poco tiempo está tomando España bajo Felipe IV, a propósito de la recuperación de viejos valores castellanos, tanto en el terreno militar<sup>32</sup> (reivindicando el carácter guerrero de los españoles), como religioso (criticando a los religiosos “politizados” e intrusos)<sup>33</sup> o económico (prohibiendo el lujo para aliviar los gastos de la Corte)<sup>34</sup>.

Quevedo culmina la terrible situación de España al morir Felipe III por medio de una frase lapidaria, rotunda y definitiva: “Todo esto ha cesado” (*Grandes anales*, p. 274).

Todas estas alusiones recuerdan, salvando las distancias, a aquellas otras que Tácito insinúa en alguna ocasión a lo largo de su obra, a propósito de la época apacible y próspera que se vive en Roma con la llegada al poder de Nerva y después Trajano, frente a la tiranía del último de los Flavios, Domiciano. Las referencias son escasas, pero muy sintomáticas:

“Ahora, al fin, renace la vida. Y aunque, en los principios de esta época sumamente dichosa, Nerva César haya conseguido aunar conceptos antes incompatibles, Principado y libertad, y Nerva Trajano aumente día a día la felicidad de los tiempos y la seguridad pública no se ha

<sup>30</sup> Dice Quevedo: “El primer ministro que se ha atrevido a no temer este peligro forzoso, llevado de lo magnífico de estas promesas tan aventuradas, ha sido el conde de Olivares; pues animosamente, si no arriesga su puesto, lo embaraza con desabrimientos populares, dificultades de ministros, contradicciones de curiosos y advertencias de entremetidos, a quien mejor llamara parlerías desocupadas, que en todo tiempo hicieron oficio de cizaña a grandes motivos” (*Grandes anales*, p. 317).

<sup>31</sup> Son numerosísimas las ocasiones en que Quevedo retrata a Felipe III como rey santo, con las dos acepciones del adjetivo, la de respetuoso de la religión pero también la de inocente y cándido, haciendo gala de la fina ironía que encontramos por doquier en toda su literatura.

<sup>32</sup> “No se olvidó su majestad de los soldados, y mostró memoria solícita de los premios que la guerra compra a precio de la vida: atención infundida y conservada de la grandeza de Dios, en medio de un olvido tan desacordado de esta parte mejor de la monarquía, a quien se trataba con descuido que remedaba el desprecio, cuando el ir a servir era por necesidad, y no por elección; y teniendo por condenados, no por entretenidos, los padres a sus hijos si militaban” (*Grandes anales*, p. 272).

<sup>33</sup> “Admitió su majestad, que está en el cielo [Felipe III], a su gobierno tantos religiosos como consejeros; y no sin alguna relajación de su observancia, hicieron togas de sus hábitos” (*Grandes anales*, p. 273) ... “No se duda que en los religiosos pueda hallarse y se halle el buen celo, el consejo y la verdad; mas estas virtudes, encaminadas a cuidados seculares y forasteros, extrañándolas sus votos y profesiones, son distraimiento y desperdicio de aquella ley que se juró a Dios” (*Grandes anales*, p. 274).

<sup>34</sup> “Todos dicen ‘desempéñese el Rey’: uno solo lo trata, y se ha de hacer con todos; y ellos al efectuarlo quieren que se haga para todos y con ninguno. Si se trata de imposición, se espantan los pobres y los oficiales; si de erario, se retiran los ricos mal satisfechos (...) crecen las dificultades, empeñan el celo del ministro que trata del desempeño, y quieren hacer que pasen contradicciones por servicios, y promesas por obras” (*Grandes anales*, pp. 317-318).

quedado en esperanza y anhelo, sino que ha logrado una firme confianza en la consecución de dicho anhelo, sin embargo, por la propia naturaleza de la debilidad humana, los remedios son más lentos que los mismos males” (Tácito, *Agrícola* 3);

“Pues aunque [Julio Agrícola] no vivió para disfrutar de esta época tan feliz y conocer el principado de Trajano, lo que nos auguraba ya en nuestros oídos con sus presagios y votos, al menos le sirvió de gran consuelo para su prematura muerte el haber eludido aquellos últimos tiempos en que Domiciano destruyó la república, no con treguas y descansos, sino continuamente, como de un solo golpe” (Tácito, *Agrícola* 44);

“Si llego a vivir lo suficiente, he reservado para mi vejez el relato del principado del divino Nerva y el imperio de Trajano, materia más rica y más segura, a causa de la excepcional felicidad de unos tiempos en que uno puede pensar lo que quiera y decir lo que piensa” (Tácito, *Historias* 1.1).

Al leer estas palabras, teñidas de un inusitado optimismo, resulta inevitable recordar al Quevedo de los *Grandes anales*, y aunque la situación que vive la España de Felipe III es distinta, obviamente, a la que vive Roma bajo el mando de Domiciano, sin embargo, el ambiente de felicidad y optimismo ante unos nuevos tiempos es análogo en Quevedo y en Tácito, con la particularidad, además, de que en este caso concreto, ambos autores se refieren al momento histórico en que escriben<sup>35</sup>.

#### 4. ASPECTOS LITERARIOS Y DE ESTILO

A la coincidencia en su concepción de la historia por parte de Quevedo y Tácito, debemos añadir otra similitud en el ámbito estrictamente formal. Éste es uno de los puntos que más nos llamó la atención tras la lectura de los *Grandes anales*, y por ello merece un tratamiento especial en el presente trabajo.

Como fiel cronista de los tiempos que le ha tocado vivir, Quevedo recurre en multitud de ocasiones a giros, expresiones, lugares comunes y recursos en general que ya vemos en Tácito, precisamente por ser el historiador romano el que con más exactitud se acerca al modelo de historia que persigue, esto es, una historia moralizante y didáctica, basada en el retrato psicológico de los protagonistas, que con sus virtudes y sus vicios son los auténticos motores de los hechos históricos<sup>36</sup>. Más exactamente, fijaremos nuestra atención en tres resortes formales que acercan el opúsculo quevediano a la obra tacitea, y estos son: a) los retratos psicológicos de personajes; b) la inclusión de discursos en estilo directo; y c) la abundancia de frases sentenciosas e imágenes tópicas, que encierran el pensamiento político e histórico del autor.

a) Uno de los recursos de más arraigada tradición en la literatura clásica en general y en la obra tacitea en particular es el retrato de personajes, algo por otra parte evidente, desde el momento en que para Tácito y para Quevedo, las causas de los acontecimientos históricos obedecen al comportamiento de sus protagonistas. De este modo, el retrato psicológico tiene su importancia dentro de la narración histórica, ya que permite, por una parte, explicar un hecho concreto en cuanto resultado de una determinada conducta individual, y por otra, ofrece un ejemplo válido para las generaciones venideras, en virtud del alcance pedagógico de la

<sup>35</sup> De hecho, estas escuetas referencias a la época de Nerva y Trajano han servido de inestimable ayuda a los estudiosos de Tácito para reconstruir su incierta peripecia vital.

<sup>36</sup> Frente a la concepción medieval de la historia, que gira en torno al concepto de Providencia, con el antropocentrismo típicamente renacentista es el individuo, por encima de la colectividad, el centro mismo del discurso político, del mismo modo que sucedía en la historiografía clásica de Salustio o Tácito.

historia. En otras palabras, dentro del tipo de historia política que siguen tanto Tácito como Quevedo, la inclusión de retratos ofrece pistas sobre las causas del devenir histórico y, consiguientemente, contribuye decisivamente al didactismo, a la pretensión moralizante inherente al género historiográfico.

Al hilo de esto mismo, Quevedo inserta en su opúsculo una serie de semblanzas de los personajes que protagonizan su tiempo. Además de los retratos de los reyes (Felipe II, Felipe III y Felipe IV) y sus ministros (el Duque de Lerma, el Duque de Uceda y Fray Luis de Aliaga), que cierran los *Grandes anales* a la manera de epílogo<sup>37</sup>, el autor madrileño intercala en diversos pasajes de la obra algunas pinceladas cruciales para conocer la personalidad de otros protagonistas de su relato, entre los que resalta la figura de Rodrigo Calderón, hombre de confianza del duque de Lerma y secretario de Felipe III. Para este menester se sirve del modelo que representan Salustio y sobre todo Tácito, cuyos retratos de Catilina y Sejano, respectivamente, encierran todos los tópicos de este recurso concreto. Así, por ejemplo, vemos que el retrato que Tácito introduce de Elio Sejano, mano derecha del emperador Tiberio, comienza con una evocación de su origen familiar:

“Nacido en Bolsena, era hijo del caballero romano Seyo Estrabón. Perteneció en sus primeros años al círculo de Gayo César, nieto del divino Augusto, aunque no faltó el rumor de que había vendido favores de forma vergonzosa a Apicio, un rico derrochador” (Tácito, *Anales* 4.1);

Y a continuación, sigue una descripción del personaje, mezclando los rasgos físicos con los espirituales<sup>38</sup>, y dentro de éstos, se establece una dicotomía *virtus/vitia*, es decir, se sigue el doble criterio de sus virtudes y defectos morales:

“Su cuerpo era resistente a las fatigas, y su espíritu atrevido; hábil para no mostrarse a sí mismo, y también para acusar a los demás; presentaba la misma medida para la adulación y para la soberbia; por fuera un afectado decoro, por dentro la ambición del poder más alto, y para lograrlo usaba a veces de la largueza y el lujo, y más a menudo de la habilidad y la atención, que no son menos perjudiciales cuando se fingen por el deseo de mandar” (Tácito, *Anales* 4.1)<sup>39</sup>.

De forma análoga, Quevedo delimita la influyente figura de Rodrigo Calderón. Tras exponer brevemente su origen familiar, pasa a subrayar su infinita ambición y sus ansias de medrar, ya desde sus primeros años, lo que evidencia el paralelismo entre el retrato de Sejano por parte de Tácito y el de Calderón a cargo de Quevedo:

“Fue don Rodrigo Calderón hijo de Francisco Calderón, hombre honrado y de gran virtud, y de una señora flamenca principal, mas su altivez le puso en cuidado (para proporcionar su persona con su fortuna) de buscar padre. Y así, uno de los delirios de su vanidad y ambición fue achacarse por hijo del duque de Alba viejo, queriendo más ser mocedad y travesura del Duque, que bendición de la Iglesia. No halló en esto facilidad y hubo a más no poder de contentarse con ser hijo de su padre, que le fuera remedio si lo supiera ser y si lo imitara y obedeciera. No trato de su talento, porque, como no se introdujo en su buena dicha por él, será por demás.

<sup>37</sup> La obra termina con una semblanza de Juan de Espina, que fue añadida por Quevedo en 1636, al corregir la obra, en la que se suaviza el tono crítico que acaba de mostrar en el retrato de los validos de Felipe III.

<sup>38</sup> También Quevedo incide en el hecho de que el aspecto exterior de la persona dice bastante de su carácter. Así comienza el español el retrato de los personajes que intervienen en su obra: “Por informar mejor de la noticia apartada, mirad con atención en mis palabras a los que han intervenido en mis relaciones y tened sus cuerpos por señas de sus almas” (*Grandes anales*, p. 323).

<sup>39</sup> Un retrato similar es el que Salustio elabora de Catilina, en *Bellum Catilinarium* 5, que sirvió indudablemente de referente para Tácito.

Escogió por oficio acusar los virtuosos, y en este ejercicio libró los acrecentamientos de su codicia” (*Grandes anales*, p. 296).

Prosigue Quevedo hablando de las delaciones y ajusticiamientos que sobrevinieron por obra de Calderón, similares en todo momento a los que Tácito atribuye a Sejano en *Anales*:

“De manera vivió, que usar de los sentidos casualmente en sus cosas, era delito capital, y por oír y ver murieron muchos” (*Grandes anales*, p. 297)

Quevedo nos cuenta cómo, a través de estas prácticas, Calderón fue medrando y adquiriendo poder ante el duque:

“Fue muchacho inquieto y de buena persona, mañoso y de costumbres atrevidas”; con la desenvoltura y la licencia se hizo lugar, y poco a poco se apoderó de la voluntad del Duque” (*Grandes anales*, p. 297);

y no queda ahí retratada su desmedida ambición, sino que supo acercarse al rey y adueñarse de su voluntad:

“Pasó de la asistencia del Duque llevándose de carrera cuantos se le oponían, y arrimóse al servicio de su majestad, y agotó en sí todo el despacho y redujo la monarquía a su voluntad” (*Grandes anales*, p. 298)<sup>40</sup>.

Finalmente, para que el paralelismo con el relato de Tácito sea total, Quevedo da cuenta también de la advertencia que la reina Margarita hace a su marido de su falta de autoridad ante Calderón<sup>41</sup>:

“La santa reina doña Margarita de Austria, que está en el cielo, sintiendo tan de cerca la desautoridad que acarrea a su corona el poder que se usurpaba este desenfrenado mozo, puso cuidado en darle a entender al Rey lo mucho que enflaquecía su opinión y profanaba su grandeza la autoridad que hurtaba a sus consejos y tribunales, y que sin sentir este atrevimiento con pasos diligentes, si bien mudos, le minaba gran parte de la reputación” (*Grandes anales*, pp. 298-299).

Por lo demás, en los retratos que constituyen la segunda parte de los *Grandes anales*, también se entrevé la influencia del modelo Tácito en la estructura y contenido de los mismos: en el caso de los ministros (Lerma, Uceda y Aliaga), Quevedo no hace sino repetir los clichés que ya ha empleado para retratar a Calderón: su semblanza física da pie a describir su personalidad, en la que destaca la ambición y el apego al poder<sup>42</sup>.

<sup>40</sup> Cfr. Tácito, *Anales* 4.1: “Más adelante sedujo con diversas artimañas a Tiberio, de tal modo que supo agenciarse él solo la confianza de quien tan sombrío se mostraba con los demás”.

<sup>41</sup> De forma similar (salvando las distancias), Agripina critica la ingratitud de su hijo Nerón, que gracias a ella alcanzó el poder, y le devuelve ese favor enamorándose de una liberta, Acte: “Agripina, con una reacción típicamente mujeril, clamaba que tenía por rival a una liberta, como nuera a una esclava, y otras cosas así” (*Anales*, 13.13).

<sup>42</sup> Así, de Lerma dice: “Sus costumbres no fueron las que le aduló la privanza ni las que le achacó la caída, sino las que ocasionaron estas sospechas y rumores, y consintieron aquella lisonja y la premiaron. Fue su ruina que privó más como quiso que como debía: no fue privado del rey; otro nombre más atrevido encaminó sus atrevimientos dichosos, pues pareció más competir a su señor que obedecerle” (*Grandes anales*, pp. 327-328). De Uceda afirma: “Fue tropezón de la dicha de su padre y despeñadero de la suya. Su entendimiento fue dichoso, ‘no grande’; su voluntad siempre adiestrada, unos se la arrebataron y otros se la vencieron; y al cabo no supo qué se hacer con ella, pues ni supo conocer a su hijo, ni obedecer a su padre, ni amarse a sí propio (...) Derribó a su padre, estorbó a su hijo, malogróse a sí” (*Grandes anales*, pp. 328-329). Y, por último, de Aliaga dice Quevedo: “Era Aliaga confesor del duque: promovióle a la plaza del confesor del Rey; y el Aliaga, desconocido a tan grande beneficio, poseído de

En el caso de los reyes, Quevedo pasa de la filiación a los rasgos físicos, que se hallan en consonancia con los morales, siempre con un tono benévolo y complaciente, ensalzando las virtudes y encubriendo sus defectos. Así, por ejemplo, frente al retrato de Felipe II, del que habla sólo en tono encomiástico, encareciendo su condición de hijo del “glorioso” Carlos V y sus grandes dotes de mando, en el de Felipe III el autor madrileño disfraza su falta de decisión y su santurronería bajo la apariencia de docilidad, obediencia y santidad, con un ingenio rayano en la mordacidad, pero con la suficiente sutileza como para no despertar sospechas:

“...La vista con sencillez indeterminada, sin disposición de ceño; sus facciones antes inclinadas a benignidad de una risa casual que a ira o enojo. Y con docilidad se aplicaba a lo que querían las personas de quien se fiaba, y a la caza y al juego; y todos estos ejercicios eran inducidos, porque en su corazón sólo asistía la religión y la piedad (...) hablar de su condición es procesar a los que se la descaminaron (...). Tuvo el entendimiento sitiado y no obedecido, y la maña le supo limitar la vista y retirar los oídos. Vivió para otros y murió para Dios” (*Grandes anales*, pp. 325-326).

En el retrato de Felipe IV, nuevamente, vuelve el tono encomiástico, como corresponde a los nuevos tiempos que lleva augurando desde el comienzo de la obra. El nuevo rey aún todo lo que de bueno tenían sus antepasados, y al mismo tiempo carece de los errores que cometió su padre:

“Sus manos nos prometen a Carlos V; en sus palabras y decretos se lee y se oye a su abuelo, y en su religión resucita su padre. Su entendimiento es el que ha dispuesto lo que habéis oído; su voluntad la que no se deja adormecer de lisonjas, ni robar de diligencias, ni vencer de ruegos: muéstrala a quien la merece, se la sirve y no se la engaña. Quiere ser obedecido y no violentado; busca no sólo el consejo, sino suficiencia del que se le diere” (*Grandes anales*, p. 326).

b) También la inclusión de discursos en estilo directo constituye un rasgo típico de los relatos historiográficos clásicos desde Tucídides, que Quevedo retoma en este caso concreto. Con este recurso los historiadores clásicos buscaban no las palabras exactas del personaje en cuestión, sino más bien el sentido de las mismas, es decir, la función que cumplen los discursos en las obras históricas tiene que ver más con la búsqueda de la verosimilitud.

Tácito, como genuino producto de su tiempo, dota de dramatismo y sentido trágico a la historia que escribe<sup>43</sup>, y no cabe duda de que uno de resortes que más contribuyen a tal efecto es el de la inclusión de discursos ficticios en estilo directo. La conexión entre el relato histórico y la tragedia es un lugar común de la literatura latina del siglo I del Imperio, como ya se ha dicho en multitud de ocasiones<sup>44</sup>, y tiene que ver con la aplicación de la retórica a la literatura. Todo ello provoca, en fin, un embellecimiento del texto literario que redundará en un estilo más abigarrado, coincidente con lo que recibe el nombre de “barroco”. A ello debemos

la ambición desenfrenada, no sólo trató de apoderarse de la voluntad del Rey, sino que se declaró enemigo del Duque Cardenal” (*Grandes anales*, p. 330).

<sup>43</sup> Esta consideración lleva a decir, por ejemplo, a J. M. Requejo, que “se le ha calificado de poeta trágico (sentimiento)-dramático (forma); en él encontramos amplias escenas, descripciones ricas en colorido, escorzos... Sus análisis psicológicos, el retorcimiento de sus frases, los claroscuros, su gusto por la antítesis, son aspectos muy estudiados por multitud de especialistas” (J. M. REQUEJO, “Introducción general” a Cornelio Tácito, *Agrícola, Germania, Diálogo sobre los oradores*, Madrid, Gredos, 1988, p. 22).

<sup>44</sup> El predominio de la retórica deriva, en última instancia, del canon que Quintiliano expone en su *Institutio oratoria*, en virtud del cual la retórica debe estar al servicio de la poesía, y así se enseñaba ya desde la escuela. Cfr. Fabio Cupaiuolo, *Itinerario della poesia latina nel I secolo dell'impero*, Ristampa, Napoli, Società Editrice Napoletana, 1978.

sumar que, desde la perspectiva clásica, la historiografía era ante todo literatura, imbuida por tanto de todos los medios retóricos y estilísticos que definen a cualquier otro género.

En esta línea se mueve Quevedo, cuando en los discursos atribuidos que encontramos en los *Grandes anales* nos presenta, en un tono generalmente trágico, la personalidad de los “actores”, o lo que es lo mismo, estos discursos no son sino una forma indirecta de retrato, con una finalidad didáctica fuera de toda duda, por tanto. Así, por ejemplo, el discurso del duque de Lerma, en sus últimas horas y postrado ante su familia, nos ayuda a conocer al propio Lerma, y ofrece una matización estoica (y por ello mismo positiva) de su personalidad: la resignación y dignidad ante su inminente muerte le honran, y al tiempo confieren dramatismo al pasaje:

“Quisiera, hijos, deciros muchos desengaños, mas pues no os calla nada el estado de mi vida y fortuna, perdonaréis las palabras a la fatiga con que este postrer aliento se despide. Bien entenderéis las señas que os hace desde lejos mi prosperidad, y desde cerca mi desconuelo; y será excusado descifraros los misterios de mi privanza, pues os alcanzó el ruido y el polvo, y padecéis la envidia. Empecé deseando, proseguí pretendiendo; alcancé con peligro, tropecé con ayuda y caí con aplauso, aguijando por tan malos pasos que nunca descansé. Y estas ruinas que en las cortes parece que predicán, engañan. Yo derribé a otros para desembarazarme el despeñadero: así me lo ha dado a entender la fortuna, que tan a costa de toda mi casa se disculpa con los malcontentos de mi valimiento. Lo que os encargo, hijos, es que este postrer día de mi vida no se aparte de vuestra memoria (que los años primeros el oprobio de los enemigos os le acordará), y no os quejéis de los amigos que se desentendieron; que los desdichados, cuando obligan a disculparse a los ingratos, crecen la calumnia, y el más reconocido juzga que se aventura si calla. Experiencia tengo de que hice a muchos ricos y poderosos e ilustres, y ninguno reconocido. Y sólo siento que no me supe cansar de ser dichoso ni acabo de ser desdichado” (*Grandes anales*, p. 293-294).

Otro tanto cabe decir del discurso de Fray Pedro de la Concepción, confesor en los postreros momentos de Rodrigo Calderón, y la posterior respuesta de éste, que reproducimos un poco más abajo, en la que se deja sentir nuevamente la doctrina neostoica que ennoblece, al menos, el final de Calderón, hasta el punto de hacer exclamar a Quevedo: “Murió no sólo con brío, sino con gala” (*Grandes anales*, p. 309).

Ambas piezas están teñidas de un estoicismo cercano al que Tácito nos refleja, por ejemplo, en los dramáticos momentos previos al suicidio de Séneca, donde representa al autor cordobés con una serenidad e imperturbabilidad de ánimo proverbiales<sup>45</sup>. Tácito nos cuenta cómo Séneca lega a sus amigos “lo único y a la vez lo más hermoso que posee: la imagen de su propia vida; si la tienen presente, tendrán la fama de hombres virtuosos como recompensa por su amistad constante” (Tácito, *Anales* 15.62). Ese ejemplo a seguir que constituye la vida de Séneca es el mismo que, *sensu contrario*, no debe constituir la vida de Lerma o Calderón, porque, como este último dice,

“pierdo mis hijos y mujer: no es ajustado lenguaje este, pues los perdí viviendo: de suerte que les será más fácil consolarse de verme morir que de haber nacido míos. Sin mí quedan, pero no huérfanos, y lo mejor que les dejo es el dejarlos. (...) Padre, yo muero, y con una vida pago muchas deudas, pago muchas más que con la suya los inocentes. Dos cosas pido a Dios: que yo me sepa aprovechar de mis trabajos, y que los que me sucedieren en las veredas de la privanza me sean deudores del recato y acertamiento; que yo vi la sangre de otros, y en lugar de apartarme, resbalé en ella” (*Grandes anales*, p. 308).

<sup>45</sup> Quevedo incluye a Tácito entre los estoicos latinos: “Entre los romanos lo fueron los Tuberones, los Catones, los Varrones, Trásea Peto, Helvidio Prisco, Rubelio Plauto, Plinio, y Tácito y Marco Antonio emperador, y todos los que Sexto Empírico cuenta” (F. de Quevedo, *Nombre y descendencia de la doctrina estoica. Obras completas. Tomo I. Obras en prosa*, estudio preliminar, edición y notas de Felicidad Buendía, Madrid, Aguilar, 1969, p. 978).

Pese a las acerbas críticas de Quevedo contra los poderosos validos de Felipe III, sus convicciones neostoicas lo llevan a elogiar su “bien morir”, su arrepentimiento por las maliciosas acciones que han cometido y la serenidad senequiana que muestran ante la muerte, todo ello impregnado del patetismo y el sentimiento trágico que observamos en la literatura latina del siglo I, por ejemplo en Séneca, Tácito o Lucano. El ejemplo que el Séneca de *Anales* pretende dar a los suyos es el mismo que Lerma o Calderón no quieren constituir para sus familias. Quevedo elogia el acto de contrición de ambos, que guarda en sí mismo una enseñanza para el futuro.

Otra prueba de sus convicciones filosóficas radica en algunas nociones típicamente estoicas, como pueden ser los vaivenes de la fortuna: las ironías del destino hacen que quien hoy está en la cumbre del poder mañana sucumba hasta lo más bajo. Así, al hablar del esplendor y subsiguiente ruina de Fray Luis de Aliaga, Quevedo dice:

“Hizo el duque de Lerma a Aliaga confesor suyo; y por muerte de Xavierre, confesor de su majestad. ¡Extraña cosa que en todas sus hechuras fabricó munición contra sí! Dio ropas que le juzgaron, haciendas que le deslucieron, púlpitos que predicaron contra sus acciones, mitras poco reconocidas; fundó casas a descalzos que escribieron contra la suya; su confesor, pasándolo a serlo por él del rey, dejó de ser su absolución, y fue su penitencia; de suerte que embarazó su poder en fabricar su persecución” (*Grandes anales*, pp. 288-289).

Llama la atención que Quevedo nos hable de los vaivenes de la fortuna justamente después de hablar de su situación personal de desterrado. Tal vez quiere dar a entender, haciendo gala de un inusitado optimismo, que su situación va a cambiar de manera inminente, gracias al cambio de monarca.

Por lo demás, el resurgimiento de las ideas estoicas en los siglos de Oro tiene mucho que ver con el sentimiento de decadencia que impregna la realidad española, de forma análoga a lo que sucediera en la Roma del siglo I d.C. A ello hay que sumar la poderosa influencia que, para el caso concreto de Quevedo, ejercieron en su obra humanistas como Justo Lipsio, gran conocedor de Tácito y también de Séneca e interlocutor epistolar del autor madrileño, como ya se ha dicho.

c) El análisis psicológico de los comportamientos humanos por parte de Tácito y de Quevedo, así como su estilo conciso y desnudo convierten a ambos en grandes creadores de frases sentenciosas, al tiempo que revelan a Quevedo como imitador de una serie de clichés e imágenes tópicas que ya aparecen en Tácito<sup>46</sup>. En este sentido, el conceptismo que define a la literatura quevediana (en particular a sus escritos satíricos) guarda muchos elementos de relación con la síntesis expositiva que caracteriza al historiador latino; de ahí que encierren cualquier pensamiento profundo o definitivo sobre cualquier materia por medio de una frase lapidaria y contundente. También este rasgo de estilo tiene que ver con las convicciones filosóficas de ambos autores dentro de la corriente estoica, por cuanto ya vemos en la obra de Séneca, por ejemplo, su tendencia a teorizar sirviéndose de este mismo recurso.

Así, por ejemplo, la consideración que a Quevedo merece la gente llana y el pueblo en general guarda bastante relación con la visión elitista y repulsiva de Tácito, cuyo rechazo de

<sup>46</sup> No debemos olvidar el éxito que los aforismos de Tácito tuvieron en esta época, merced a obras como la del extremeño B. Arias Montano, *Aforismos sacados de la Historia de Publio Cornelio Tácito por el Doctor Benito Arias Montano, para la conservación y aumento de las Monarquías, hasta agora no impresos* (1614); o a B. Álamos de Barrientos, *Tácito español ilustrado con aforismos* (edición de J. A. Fdez. Santamaría), Madrid, 1987. El carácter sentencioso de Tácito se ve asimismo refrendado en alguna otra obra de Quevedo, como las *Migajas sentenciosas*, donde el autor latino aparece hasta cinco veces citado explícitamente.



las masas se observa por doquier en toda su obra. Los pasajes quevedianos evocan irremediablemente la obra del romano, por ejemplo al retratar al vulgo ávido de novedades y cambios:

“Ninguna cosa despierta tanto el bullicio del pueblo como la novedad: viose este día, pues el mudar de señor regocijó el reino, sin saber del que sucedía más de que era otro” (*Grandes anales*, p. 253)<sup>47</sup>;

ansioso de rumores:

“Hablas vulgares, que se derraman copiosamente y se creen con facilidad, autorizando con delitos averiguados su rumor, acusaron a don Rodrigo Calderón” (*Grandes anales*, p. 296); “y con esto se dio licencia a sospechar, y a tiento el pueblo tropezaba en discursos que amanecían verdad tan anochecida” (*Grandes anales*, p. 297)<sup>48</sup>;

o, también, inconstante y mudable, como ocurre con las acusaciones al duque de Osuna que, una vez éste en prisión, se tornan en compasión:

“Y el duque en la fortaleza está, si con más descomodidad, con más reputación. Y antes andaba más peligroso entre las sospechas, atormentado de la emulación de los enemigos y de la remisión de los amigos; (...) y antes, cuando se paseaba, todos decían: ‘¿cómo no le prenden?’ Ahora dicen: ‘¿cómo no le sueltan?’” (*Grandes anales*, p. 266)<sup>49</sup>.

A esta caracterización negativa de las masas debemos añadir otros recursos formales, de sabor típicamente tacíteo, como pueden ser el temor de los reyes y personajes principales a morir envenenados, temor que las habladurías fomentan:

“Viendo que se apartaban de palacio los más criados que a su majestad le servían en la confianza familiar de su comida o vestido, y que era expulsión grande, adoleció la reputación de éstos y amancillóse el crédito de sus personas. Y si bien pudiera atropellar justificadamente con el crédito de todos éstos la voz que tanto se había esforzado de la malicia en el uso de todo lo referido (pues afirmaban que la enfermedad y el peligro tenían por donde entrar al plato y a la copa), fue acción igual, digna de rey grande, reconocida y piadosa” (*Grandes anales*, p. 271)<sup>50</sup>.

En esta línea debemos añadir la adulación a los gobernantes, hasta el punto de convertirlos en meros juguetes en manos de sus consejeros. Es ésta una imagen que aflora por doquier en la obra de Tácito, a propósito de Tiberio o Claudio, por ejemplo, y que Quevedo también incluye en los *Grandes anales*, como ejemplo que no deben seguir los reyes:

“Dignos son de todo castigo los que con ánimo sacrílego se atreven a juzgar a los reyes, pues no pueden alcanzar la disculpa de sus acusaciones los que no lo hubieren sido y tuvieren

<sup>47</sup> Cfr: los siguientes pasajes de Tácito: “El pueblo, que suele andar siempre ansioso de cosas nuevas y es de natural cobarde” (*Anales*, 15.46); “Las masas, según es su costumbre, ansiosa de cualquier cambio” (*Historias*, 1.80); “El resto de las masas, deseosa de revolución, se había puesto ya del lado de Vespasiano” (*Historias*, 3.12).

<sup>48</sup> “Pero el vulgo, ávido por inventar cosas, había hecho correr el rumor de que Tito había sido llamado con vistas a ser adoptado” (*Historias*, 2.1).

<sup>49</sup> “Según es su costumbre, las masas, mudables ante los acontecimientos repentinos y tan proclives a la compasión como desmedidas en su saña...” (*Historias*, 1.69).

<sup>50</sup> Sirva como ejemplo el rumor que corrió a la muerte de Druso, hijo de Tiberio: “En el relato de la muerte de Druso he aducido testimonios de muchos autores y muy fiables; pero no quisiera pasar por alto un rumor que corrió por aquel tiempo, hasta el punto que aún hoy persiste: que tras corromper a Livia para inducir la al crimen, Sejano engatusó también al eunuco Ligdo (...) y llegó a tal punto su atrevimiento, que dio la vuelta a las cosas, y acusando anónimamente a Druso de pretender envenenar a Tiberio, Sejano advirtió a éste que evitara la primera copa que le ofreciera cuando comiera en casa de su hijo...” (*Anales*, 4.10).

experiencia de los encantamientos de la adulación, de los divertimentos inevitables de la maña, y de la prisión que a un monarca fabrican los ambiciosos” (*Grandes anales*, p. 314).

La modestia que debe definir al poderoso, omnipresente en la obra tacíteas, queda asimismo plasmada en los aforismos de Quevedo:

“Quien sabe despreciar el poder, es el benemérito, y el que le codicia es el temerario” (*Grandes anales*, p. 262); “las más de las veces a los príncipes es amable el que cuando quisiere los puede acusar y medra más el partícipe que el benemérito donde el secreto honesto ni merece ni obliga” (*Grandes anales*, p. 298).

Quevedo echa mano también de otro recurso que encontramos con frecuencia en Tácito, como es la presentación de las diferentes versiones de un hecho, que culmina con la propia versión del autor. Así, por ejemplo:

“El determinarse el Cardenal a venir a Madrid, tomando la ocasión por licencia, dicen tuvo diferentes motivos; y que agradecido a rey que tantas mercedes le hizo, le traían sus obligaciones, pero no faltaron los curiosos que enfermaron esta acción con sus conjeturas, y la malicia se hizo no sin aplauso, dueño de estos designios” (*Grandes anales*, pp. 255-256)<sup>51</sup>.

Todos estos rasgos, unidos a otras reminiscencias más o menos tacíteas, como la ficticia pretensión de imparcialidad, la narración en ambos casos *ab excessu* de un rey, la definición de las personalidades a través de sus *virtutes* y sus *vitia*, etc., confieren a los *Grandes anales de quince días* una atmósfera muy parecida a la que Tácito nos revela en su obra, desde el punto de vista de su visión político-filosófica de la historia y también desde la perspectiva meramente literaria, y nos llevan a considerar la poderosa influencia que el romano ejerce sobre otro “barroco” y “conceptista” como Quevedo, tanto en su obra histórica en general, como en los *Grandes anales* en particular.

Como conclusión, pues, creemos que los *Grandes anales de quince días* de Quevedo puede perfectamente considerarse como una historia (o monografía histórica) tacíteas de España, no ya a partir del propio título, que es ya bastante explícito, sino desde la semejanza ideológica de Tácito y Quevedo, semejanza que deriva en última instancia de las análogas circunstancias políticas que viven la Roma del siglo I y la España de los últimos Austrias.

El opúsculo, como también en cierta medida los *Anales* de Tácito, tiene como fin último el servir de memoria histórica para los gobernantes del futuro, es decir, las pretensiones de Quevedo desde la primera línea son las de moralizar a los reyes cristianos, pero siguiendo al pagano Tácito, ferviente cultivador del género historiográfico desde una perspectiva política, didáctica y moral.

Quevedo podría haberse decantado por otros géneros que conoce bien, como la sátira, para zaherir a los validos caídos en desgracia con el advenimiento del nuevo régimen, y así ganarse el favor personal del nuevo rey (o dicho en otras palabras, para que Felipe IV pusiera fin a su destierro), pero prefiere el género historiográfico, por su inherente veracidad, acentuada por el hecho de ser Quevedo testigo de los hechos que narra. Y dentro del género historiográfico, se decanta por la corriente en boga en su tiempo, la de los historiadores humanistas que, a la manera de Salustio o Tácito, retratan la historia desde una perspectiva política y psicologista,

<sup>51</sup> *Cfr.*, a este respecto, las múltiples versiones que Tácito da a propósito del posible incesto entre Nerón y su madre, Agripina, para acabar afirmando: “El caso es que Nerón evitaba encontrarse con su madre” (*Anales*, 14.3).

de descripción de vicios y virtudes humanas como verdadero motor de los acontecimientos. Por la naturaleza del tema que trata, no elige a César (modelo de comentarios militares en que el propio autor es protagonista, tal y como Quevedo), ni tampoco a Livio (modelo de historia universal con tintes nacionalistas), y sí a Tácito, con el que tiene más puntos en común, tanto filosófica como literariamente, como vemos ya en el título mismo.